

El urbanita

*Chris Wellisz traza una semblanza del catedrático de Harvard **Edward Glaeser**, defensor de la urbanización como camino a la prosperidad*



Criado en Nueva York en la década de 1970, Edward Glaeser fue testigo del declive de la gran metrópolis: el auge de la delincuencia, y los desechos apilados en las aceras por la huelga de los basureros. La ciudad quedó al borde de la bancarrota.

A mediados de la década de 1980, ya vislumbraba la recuperación de Nueva York, pero la ciudad seguía siendo peligrosa. Justo delante de su escuela, en el Upper West Side de Manhattan, se produjo un triple homicidio. No obstante, Glaeser sentía fascinación por el bullicio de las calles de Nueva York y pasaba horas deambulando por sus barrios.

“Era fantástico y aterrador al mismo tiempo, y me costaba no obsesionarme”, recuerda Glaeser en una entrevista concedida en su despacho de la Universidad de Harvard.

A día de hoy, esta sensación de asombro sigue impregnando su labor como economista urbano. Glaeser utiliza las herramientas teóricas del economista para estudiar las preguntas planteadas durante su juventud en Nueva York. ¿Por qué hay ciudades que fracasan y ciudades que florecen? ¿Quién es responsable de los elevadísimos costos de la vivienda en San Francisco? ¿En qué difiere el crecimiento de las ciudades de los países ricos del de los países pobres?

“Yo siempre fui un niño sumamente curioso”, asegura Glaeser a sus 52 años. En vez de “impulsar la literatura consolidada”, pretende comprender “lo que al comienzo no termino de entender”.

En su época de estudiante de la Universidad de Chicago, Glaeser dejó huella como teórico de los beneficios de la aglomeración: la idea de que las ciudades densas y diversas son hervideros de innovación, energía y creatividad para el crecimiento económico. Desde entonces, su labor ha abarcado una impresionante variedad de temas, desde el control de alquileres y las burbujas inmobiliarias hasta los derechos de propiedad, la desobediencia civil y las emisiones de carbono.

“Hace ya 20 años que Ed es el principal experto en economía de lugar”, afirma Lawrence Summers, profesor de Harvard y antiguo director del Consejo Económico Nacional durante el mandato del presidente Obama. “Además, la economía de las áreas urbanas tiene un peso cada vez mayor en los intereses económicos generales”.

Glaeser y Summers colaboran en un estudio de la profundización de la fractura entre las regiones costeras ricas e instruidas de Estados Unidos y las bolsas de estancamiento económico en lo que llaman la “zona interior oriental”, los estados interiores al este del río Misisipi. Allí, en ciudades como Flint, Michigan, la proporción de hombres de edad intermedia que no trabajan ha ido

en aumento, como también lo han hecho las tasas de adicción a los opioides, la discapacidad y la mortalidad.

¿Cómo pueden ayudar las políticas? Los economistas han tenido siempre dudas acerca del valor de las políticas basadas en el espacio, como las zonas empresariales que ofrecen descuentos fiscales a los inversionistas, con el argumento que es mejor ayudar a las personas que a los lugares. En su opinión, la gente se traslada allí donde hay trabajo. Sin embargo, la movilidad laboral se ha reducido en las últimas décadas, en parte debido a los elevados costos de la vivienda, pero también por la disminución de la demanda de trabajo manufacturero relativamente poco cualificado.

Rompiendo con la ortodoxia económica, Glaeser y Summers sostienen que el gobierno federal debería diseñar medidas favorables al empleo (como una reducción del impuesto sobre la renta salarial o un aumento de los créditos tributarios a personas con bajo ingreso) adaptadas a las necesidades de las zonas con dificultades económicas, como Virginia Occidental. Asimismo, son partidarios de incrementar la inversión en educación.

Glaeser, en cuanto economista formado en Chicago, cree fervorosamente en la magia del libre mercado y se opone a medidas que distorsionan los incentivos. “Siempre he sido contrario a la redistribución espacial, a tomar de las zonas ricas para dar a las zonas pobres”, asegura. “Esto no significa que haya que aplicar las mismas políticas en todas partes”.

Para Glaeser, la economía urbana fue el camino natural. Su padre, Ludwig, nacido en Alemania, era arquitecto y le enseñó cómo el entorno construido moldea la vida de las personas. Su madre, Elizabeth, era gestora de activos y le introdujo en el mundo de la economía. Glaeser recuerda que le explicó el concepto de determinación del precio en función del costo marginal a través de la competencia entre dos zapateros.

“Recuerdo que me pareció alucinante y fascinante pensar en los efectos de la competencia”, explica. Entonces tenía 10 años.

En secundaria, Glaeser destacó en historia y matemáticas. Durante sus estudios de grado en la Universidad de Princeton, se planteó especializarse en ciencias políticas, pero terminó decantándose por la economía, porque le pareció que era el camino a Wall Street. Sin embargo, su sueño de dedicarse a las finanzas terminó con la caída de la bolsa en 1987, coincidiendo con sus primeras entrevistas de trabajo. Se decidió por la escuela de posgrado, porque “me pareció que así no descartaba demasiadas opciones”, cuenta.

“Así llegué a Chicago, y allí fue donde me enamoré perdidamente de la economía”.

Las ciudades prosperan gracias a la creatividad que genera el intercambio de ideas y conocimientos entre quienes viven codo con codo.

Glaeser tiene enmarcada su foto con Gary Becker, economista de Chicago y premio Nobel de economía. Becker le enseñó que las herramientas conceptuales de esta disciplina pueden emplearse para el estudio de temas que anteriormente habían sido objeto de campos como la sociología o la antropología; temas como la discriminación racial, la fertilidad y la familia.

“Lo que me pareció fascinante fue esa sensación de que la faceta creativa de la economía puede aplicarse a un lienzo prácticamente ilimitado para intentar explicar cualquier problema que parezca importante”, asegura Glaeser.

Por aquel entonces, los economistas de Chicago Robert Lucas y Paul Romer estaban trabajando en la llamada teoría del crecimiento endógeno, centrada en el papel de la innovación y el intercambio de ideas en el desarrollo económico.

Glaeser recuerda que Lucas consideraba que las ciudades eran lugares en los que se producen “efectos de contagio” de conocimientos, de modo que las personas pueden beneficiarse de las ideas de los demás sin tener que pagar por ellas. Sería el caso de Detroit a principios del siglo pasado, donde Henry Ford recurrió a su experiencia como ingeniero principal de la Edison Illuminating Company para poner en marcha su negocio automovilístico.

Este concepto fue la base de un documento pionero, publicado en 1992 y titulado “Growth in Cities” (“El crecimiento en las ciudades”). Glaeser y tres coautores se propusieron utilizar las ciudades como laboratorio para probar nuevas teorías sobre crecimiento. A partir de 30 años de datos sobre 170 ciudades estadounidenses, concluyeron que la competencia local y la variedad urbana, y no la especialización, son los principales motores del crecimiento urbano.

Esta publicación lanzó a Glaeser al estrellato y le hizo merecedor de una oferta de trabajo en Harvard.

Glaeser “demostró que la variedad urbana, y no la especialización en algo concreto, era un gran impulso para el crecimiento del empleo”, recuerda Joseph Gyourko, profesor de la Wharton School de la Universidad de Pensilvania y colaborador de toda la vida. “Fue el primer artículo muy citado de Ed, el que le permitió iniciar su recorrido”.

Gyourko y Glaeser empezaron a trabajar juntos a principios de la década de 2000, durante el año sabático que Glaeser se tomó de la Universidad de Pensilvania. Se plantearon por qué algunas ciudades, como Detroit, perdían fuerza tan lentamente, y por qué eran tantos quienes se

quedaban en vez de trasladarse. Dieron con una respuesta sencilla: la vivienda es duradera, y cuando la ciudad está en crisis, resulta más barato vivir allí.

Esta perspectiva planteó otra pregunta relacionada: ¿por qué es el precio de la vivienda tan superior al de construcción en ciudades como Nueva York y Boston? La respuesta: las restricciones al uso de suelo limitan la densidad, contienen la oferta de vivienda y hacen subir los precios. Era economía básica, pero hasta entonces los economistas urbanos no habían estudiado el papel de las normativas.

Glaeser sostiene que el exceso de regulación destruye la propia esencia de la vida urbana: la densidad. Las ciudades prosperan gracias a la creatividad que genera el intercambio de ideas y conocimientos entre quienes viven codo con codo. Las ciudades del cinturón del sol, como Houston, han crecido porque el marco reglamentario laxo mantiene los precios en un nivel asequible.

Para economistas como Glaeser, las normativas sobre construcción y urbanismo gravan el desarrollo. Cierta nivel de tributación tiene sentido económico, porque la construcción impone costos a los residentes, en forma de ruido, congestión y contaminación. Pero una normativa demasiado severa, a menudo impulsada por residentes que no quieren nuevos vecinos y buscan proteger el valor de sus propiedades, puede hacer que la mayoría no pueda permitirse vivir allí.

Asimismo, Glaeser desconfía de las normas de conservación histórica, para consternación de los seguidores de Jane Jacobs, legendaria detractora de los proyectos de renovación urbanística que conmemoraban la bulliciosa vida callejera de los viejos barrios étnicos de Nueva York. Glaeser es un gran admirador de Jacobs (tiene en su poder un ejemplar firmado de su libro *Muerte y vida de las grandes ciudades*), pero sostiene que su campaña de oposición al desarrollo en Greenwich Village no era acorde con su defensa de la vivienda de bajo costo.

“Creo que muchos de nuestros edificios antiguos son un tesoro”, asegura, “pero no afirmo a la vez que ese sea el camino hacia la asequibilidad. La asequibilidad se consigue con vivienda o superficie comercial barata producida en masa. Puede que estéticamente no sea bonita, pero es la vía de la asequibilidad”.

En 2000, Glaeser publicó “The Consumer City”, un documento que escribió con Jed Kolko y Albert Saiz. En él, profundizaba en el concepto de aglomeración, sosteniendo que la gente se siente atraída no solo por las

oportunidades que ofrecen las ciudades, sino también por sus servicios (teatros, museos, restaurantes, etc.).

“Sabemos que las ciudades atraen a los desmesuradamente jóvenes e innovadores”, asegura Richard Florida, profesor de urbanismo en la Universidad de Toronto. “Ed identificó los factores que lo impulsan, el concepto de que las ciudades no son solo un lugar de producción, sino también de consumo”.

Glaeser lamenta que haya políticas como la deducción de intereses hipotecarios, que fomenta la compra de vivienda en detrimento del alquiler; las subvenciones a las autopistas, que facilitan las comunicaciones con los suburbios, y un sistema escolar que perjudica a los alumnos que viven en el centro. En su opinión, estas políticas no son solo antiurbanas, sino que contribuyen al cambio climático, puesto que los habitantes de la ciudad, que viven en casas más pequeñas y utilizan el transporte público, consumen menos electricidad y gasolina que quienes viven en los suburbios.

Es curioso que Glaeser y su esposa Nancy, que tienen tres hijos, decidiesen trasladarse a los suburbios de Boston hace unos años, pero lo justifica desde el punto de vista racional: los suburbios ofrecen mayor espacio para vivir, mejores escuelas y un viaje al trabajo bastante rápido.

Glaeser, que ya se había hecho un nombre entre los académicos, comenzó a llegar a una audiencia más amplia tras publicar su libro superventas, *El triunfo de las ciudades*, un vigoroso estudio de la urbanización, desde la antigua Bagdad hasta la moderna Bangalore. Su elocuencia y entusiasmo le valen para ser requerido como orador en foros académicos y charlas TED. Viste siempre impecables trajes bien planchados y predica el evangelio de la urbanización en frases claras y hablando a gran velocidad.

A pesar de la fama, toma en serio su actividad docente. Rebecca Diamond, quien asistió a sus auditorías educativas durante sus estudios de posgrado, recuerda que dedicaba su tiempo con generosidad. “Me enseñó a tomar distancia y no quedarme enredada en la maleza”, prosigue Diamond, actualmente profesora de la Universidad de Stanford y que mantiene el contacto con Glaeser.

Su última pasión son las ciudades del mundo en desarrollo. Fiel a su costumbre, las considera territorio relativamente desconocido, ignorado tanto por los economistas urbanos, dedicados a las ciudades de economías avanzadas, como por los economistas especializados en el desarrollo, centrados en las zonas rurales. El crecimiento de estas ciudades también es rápido, y su infraestructura física e institucional está en constante desarrollo, de modo que el asesoramiento de política económica puede tener repercusiones.

“La intervención de los economistas puede tener efectos de gran envergadura”, afirma. “Por eso, es la nueva gran oportunidad”.



Además, le permite viajar a lugares interesantes. Su último proyecto de investigación, con Nava Ashraf y Alexia Delfino de la London School of Economics, lo llevó a los mercados de Lusaka, Zambia, para estudiar las barreras a la actividad empresarial de las mujeres. En él, concluyen que la probabilidad de que las mujeres monten un negocio es mayor cuando el marco jurídico es lo suficientemente sólido para ayudar a superar la inherente desigualdad en las relaciones con los hombres.

Como Jane Jacobs, Glaeser cree firmemente en observar lo que lo rodea. “No llegas a entender una ciudad hasta que no has paseado por sus calles”, asegura Glaeser.

“Por eso Ed es un teórico aplicado de primera”, afirma Gyourko. “Hay que ensuciarse las manos con los datos. Y a veces los datos son sencillos paseos”.

Mientras preparaba *El triunfo de las ciudades*, Glaeser exploró lugares como el barrio Dharavi de Mumbai, una “experiencia auténticamente mágica”. Dharavi, uno de los lugares con mayor densidad de población del mundo, desprende energía empresarial; alfareros, sastres y otros artesanos trabajan codo con codo, hacinados en cuartos mal iluminados.

Al mismo tiempo, las calles sin asfaltar, la contaminación atmosférica y el alcantarillado abierto recuerdan los inconvenientes de la densidad. No obstante, Glaeser no se queja de la pobreza de lugares así. Al contrario: asegura que las ciudades atraen a los pobres precisamente porque les ofrecen oportunidades. Para el mundo en desarrollo, la urbanización es el mejor camino a la prosperidad.

“A pesar de sus problemas, se están haciendo cosas increíbles en India, África subsahariana y América Latina”, asegura Glaeser. “Evidentemente, no todo va siempre en la dirección que toca, pero sí es cierto que la colaboración ha obrado milagros en las ciudades durante milenios, y siempre que voy a una ciudad en desarrollo veo clarísimamente que la era de los milagros todavía no ha terminado”. **FD**

CHRIS WELLISZ es redactor de *Finanzas & Desarrollo*.